

II

EL FONDO DE LA CUESTIÓN

Hay motines y hay insurrecciones: son dos clases de cólera; una equivocada, otra con derecho. En los Estados democráticos, únicos que están fundados sobre la justicia, sucede algunas veces que una fracción es usurpadora; entonces todo se levanta, y la necesaria reivindicación de su derecho puede llegar hasta tomar las armas. En todas las cuestiones que llegan á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción, es la insurrección; el ataque de la fracción contra el todo, es motín; según que las Tullerías estén habitadas por el rey ó por la Convención, son justas ó injustamente atacadas. El mismo cañón, asestado contra la multitud, no tiene razón el 10 de agosto y la tiene el 14 de vendimiario.

La apariencia es, pues, semejante; el fondo diferente; los suizos defienden lo falso, Bonaparte lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho en su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede estar mañana turbado. La misma ira es legítima contra Terray y absurda contra Turgot. La destruc-

ción de máquinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de los rails, la demolición de los dochs, los falsos caminos de la multitud, el desafío de la justicia del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau expulsado de Suiza á pedradas: son motines. Israel contra Moisés, Atenas contra Foción, Roma contra Escipión: son motines. París contra la Bastilla: es la insurrección. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón: es la misma rebelión, rebelión impía, ¿y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada, lo que Cristóbal Colón por América con la brújula; Alejandro, como Colón, descubre un mundo. Estos dones de un mundo á la civilización son tales aumentos de luz, que toda resistencia es criminal.

Algunas veces el pueblo se miente felicidad á sí mismo, y la multitud hace traición al pueblo. ¿Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de los falsos Saulniers, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora de la victoria popular, se alza con el trono, se hace vendeana, y, de insurrección en contra, se vuelve motín en favor? ¡Obra sombría de la ignorancia! El falso Saulniers huye del poder real, y con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. Grita ¡mueran las gabelas! y prepara el ¡viva el rey! Asesinos en la noche de San Bartolomé, degolladores de septiembre, verdugos de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, Miqueletes, Verdets, Cadenettes, compañeros de Jéhu, caballeros de Brassard: ese es el motín. La Vendée es un gran motín católico.

El rumor del derecho en movimiento se conoce, y no sale siempre del temblor de las masas turbulentas; hay furores locos, como hay campanas raja-

das; no suena el somatén siempre á bronce. El estremecimiento de la pasión y de la ignorancia, es distinto de la sacudida del progreso. Levantáos, sí, pero para engrandeceros: decidme hacia qué lado vais: sólo hay insurrección hacia adelante. Cualquier otro levantamiento es malo: todo paso violento hacia atrás es un motín; el retroceso es una vía de hecho contra el género humano. La insurrección es el acceso del furor de la verdad: los adoquines que mueve la insurrección despiden la chispa del derecho.

Esos adoquines sólo dejan su lado al motín. Dantón contra Luis XVI: es la insurrección. Hebert contra Dantón: es el motín.

De aquí proviene que si la insurrección, en estos casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes, el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad del calórico; la insurrección suele ser un volcán; el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, según hemos dicho, parte algunas veces del poder: Polignac es un amotinador; Camilo Desmoulins es un gobernante.

Muchas veces, insurrección es resurrección.

Siendo un hecho absolutamente moderno la solución de todo por el sufragio universal, y siendo toda la historia anterior á este hecho, desde hace cuatro mil años, la violación del derecho y el padecimiento de los pueblos, cada época de la historia trae consigo la protesta que le es posible. En tiempo de los Césares no había insurrección, pero había un Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza á los Gracos.

En tiempo de los Césares hay un desterrado de Siena; hay también un autor de los *Anales*.

Y no hablamos del gran desterrado de Patmos

que también condena el mundo real en una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la visión una sátira enorme y arroja sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la resplandeciente reverberación del Apocalipsis.

Juan sobre su roca es el esfinge sobre su pedestal; no es posible comprenderle; es un judío, es el pueblo hebreo; pero el hombre que escribe los *Anales* es un latino, ó mejor dicho, un romano.

Como los Nerones reinan de una manera obscura, deben ser pintados del mismo modo. El trabajo del buril solo, sería pálido; es preciso verter en los blancos una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran para algo en la mente de los pensadores: palabra encadenada, palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un señor impone silencio al pueblo. De este silencio nace cierta plenitud misteriosa que se filtra y se solidifica duramente en el pensamiento. La compresión en la historia produce la concisión en el historiador. La solidez granítica de alguna prosa célebre no es más que una condensación hecha por el tirano.

La tiranía obliga al escritor á contracciones de diámetro, que son acrecentamientos de fuerza. El período ciceroniano, apenas suficiente para Verres, se embotaría en tiempo de Calígula. Cuanto menor sea la extensión de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con inmensa fuerza.

La honradez de un gran corazón, condensada en justicia y en verdad, fulmina.

Digamos de paso, que es muy notable el que Tácito no sea superior, históricamente hablando, á César: á aquél están reservados los Tiberios.

César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por el que, al sacar los siglos á la escena, arregla las entra-

das y las salidas. César es grande; Tácito es grande; Dios dirige estas dos grandezas para que no choquen una con otra. El justiciero, hiriendo á César, podía herir demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere. Las grandes guerras de Africa y de España, los piratas de Cilicia destruídos, la civilización introducida en Galia, en Bretaña, en Germania; toda esta gloria cubre el Rubicón. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, dudando dejar caer sobre el usurpador ilustre, el ilustre historiador formidable, haciendo á César gracia de Tiberio, y concediendo circunstancias atenuantes al genio.

Cierto que el despotismo es siempre despotismo, aún bajo el déspota del genio. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres; pero la pérdida moral es más repugnante aún bajo los tiranos infames. En esos reinados, nada vela la vergüenza, y los hacedores de ejemplos, Tácito como Juvenal, abofetean más útilmente, en presencia del género humano, á esa ignominia sin réplica.

Roma despide peores miasmas en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sila. Con Claudio y Domiciano hay una deformidad de bajeza correspondiente á la fealdad del tirano; la miseria de los esclavos es un producto directo del déspota; de esas conciencias escogidas se exhala un miasma en que se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones pequeños, las conciencias planas, las almas, son repugnantes como una chinche; así sucede con Caracalla, así con Cómodo, así con Heliogábalo; mientras que del senado romano en tiempo de César, no sale más que el olor del estiércol, propio de los nidos de águila.

De aquí proviene la aparición, tardía sólo en apariencia, de los Tácitos y Juvenales: el demostrador sólo aparece en la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isafas en los tiempos bíblicos, lo mismo que Dante en la Edad media, son el hombre; el motín y la insurrección son la multitud, que tan pronto tiene razón como no la tiene.

En la generalidad de los casos, el motín sale de un hecho material; la insurrección es siempre un fenómeno moral. El motín es Masaniello; la insurrección es Espartaco. La insurrección confina con la inteligencia; el motín con el estómago. Gaster se irrita; pero Gaster no siempre tiene razón. En las cuestiones de hambre, el motín; Buzançais, por ejemplo, tiene un punto de vista verdadero, patético y justo. Y, sin embargo, es un motín. ¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, no la tiene en la forma. Terrible, aún teniendo derecho; violento, aunque fuerte, hiere al acaso; marcha como el elefante ciego, rompiéndolo todo; deja detrás de sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; vierte, sin saber por qué, la sangre de los seres inofensivos é inocentes. Alimentar al pueblo, es un buen fin; pero matarle, es un mal medio.

Todas las protestas armadas, aún las más legítimas, aún el 10 de agosto, aún el 14 de julio, principian por la misma agitación. Antes que el derecho se desprenda, hay tumulto y espuma. Al principio, la insurrección es motín, lo mismo que el río es torrente, y ordinariamente llega á este Océano: revolución. Algunas veces, sin embargo, viniendo de esas altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la prudencia, la razón, el derecho, formada de la más pura nieve de lo ideal, después de una larga caída de roca en roca, después de haber reflejado el cielo en su transparencia y de haber crecido con cien afluentes en el majestuoso camino del triunfo, la insurrección se pierde de repente en al-

guna hondura popular, como el Rhin en un pantano.

Todo esto se refiere á lo pasado; en lo porvenir será otra cosa. El sufragio universal tiene de admirable, que disuelve el motín en su principio, y dando el voto á la insurrección, le quita las armas. La desaparición de las guerras, de la guerra de las calles, como de la guerra de las fronteras, es el progreso inevitable. La paz, cualquier cosa que sea hoy, es mañana.

Por lo demás, insurrección, motín, diferencia entre una y otra, todo esto apenas existe para el ciudadano. Para él, todo es sedición, rebelión pura y simple, rebelión del perro contra el amo; especie de mordedura que venga la cadena y la covacha; ladrido, hasta el día en que la cabeza del perro, que va creciendo, se bosqueja vagamente en la sombra como una cabeza de león.

Entonces el ciudadano grita: ¡Viva el pueblo!

Dada esta explicación, ¿qué es para la historia el movimiento de julio de 1832? ¿Es un motín ó una insurrección?

Es una insurrección.

Podrá sucedernos, al traer á la escena este acontecimiento terrible, que llamemos alguna vez motín, pero sólo para calificar los hechos de la superficie, haciendo siempre la distinción necesaria entre la forma ó el motín y el fondo ó insurrección.

Este movimiento de 1832 tuvo, en su rápida explosión y en su lúgubre extinción, tal magnitud que, aún aquellos que no ven en él más que un motín, hablan de él con respeto. Para éstos es como un residuo de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen, no se calman en un día; una revolución no se corta á pico; tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz, lo

mismo que una montaña antes de desaparecer en la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea que la memoria de los parisienses llama la *época de los motines*, es seguramente una hora característica entre las más tempestuosas de este siglo.

Digamos aún dos palabras antes de entrar en la narración.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio. En ella, sin embargo, insistimos, en ella está la vida, la palpitación, el temblor humano. Los pormenores, según hemos dicho ya, son, por decirlo así, el follaje de los grandes sucesos, y se pierden en la lontananza de la historia.

La época llamada de los motines abunda en estos hechos pequeños. Los procesos judiciales, por otras razones que la historia, no nos lo han revelado todo; tal vez no lo han profundizado tampoco. Nosotros vamos á dar á luz, entre otras particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos y la muerte de otros. La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; al día siguiente se callaban; pero podemos decir de lo que contamos: lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia; pero pintaremos cosas verdaderas.

En este libro no manifestaremos más que un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, las jornadas de los 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el sombrío velo que vamos á levantar, la figura real de esa terrible aventura del pueblo.